

Iglesia: Agente de paz y educación para el diálogo en el colegio San José

Church: Agent of Peace and Education for Dialogue at San José School

Adfred Yey Blanchar Suarez¹

Lidia Mercedes Rodríguez Palango²

Manuel Ademir Castillo Sanabria³

Resumen

Esta investigación aborda el papel de la Iglesia como agente de paz y educación en la Institución Educativa San José de Maicao, La Guajira. Con un enfoque interpretativo, se subraya la importancia de la intervención de la Iglesia en la promoción de valores y la creación de espacios de diálogo entre estudiantes, docentes y la comunidad. La educación de calidad es esencial para formar ciudadanos responsables, comprometidos con la paz y la convivencia armoniosa. La Iglesia no solo apoya el desarrollo académico, sino también la formación ética y moral de los estudiantes, fomentando valores como la tolerancia, el perdón y la justicia social. Además, se destaca la necesidad de promover un ambiente escolar inclusivo que valore la diversidad y prevenga la exclusión, en línea con los principios de educadores como Freire y la UNESCO.

La colaboración entre la Iglesia, la institución educativa y la comunidad es clave para afrontar desafíos sociales y contribuir a una sociedad más pacífica. La educación dialogante se presenta como una estrategia fundamental para desarrollar habilidades comunicativas y resolver conflictos de manera pacífica, favoreciendo un futuro esperanzador. La investigación destaca que la educación para la paz es un esfuerzo colectivo que requiere la participación activa de todos, tanto en la educación formal como en la vida comunitaria. La labor educativa de la Iglesia es fundamental en la transformación social, promoviendo a los individuos como agentes de cambio en sus comunidades.

Summary

This research examines the role of the Church as an agent of peace and education at the San José de Maicao Educational Institution, La Guajira. With an interpretive approach, it emphasizes the importance of the Church's intervention in promoting values and creating spaces for dialogue among students, teachers, and the community. Quality education is essential for forming responsible citizens committed to peace and harmonious coexistence. The Church not only supports academic development but also the ethical and moral formation of students, fostering values such as tolerance, forgiveness, and social justice. Furthermore, it highlights the need to promote an inclusive school environment that values diversity and prevents exclusion, in line with the principles of educators such as Freire and UNESCO.

Collaboration between the Church, the educational institution, and the community is key to addressing social challenges and contributing to a more peaceful society. Dialogical education emerges as a fundamental strategy for developing communication skills and resolving conflicts peacefully, fostering a hopeful future. The qualitative and interpretive approach in education allows for understanding how the actors involved, such as students and religious leaders, construct shared meanings of peace based on their experiences and contexts. The research underscores that peace education is a collective effort that requires the active participation of all, not only in formal educational settings but also in community life. The educational work of the Church is fundamental in social transformation, encouraging individuals to become agents of change within their communities. ´

Palabras clave

Iglesia, paz, educación, diálogo educativo, valores.

keywords

Church, peace, education, educational dialogue, values,

Introducción

El objetivo de esta introducción es contextualizar el rol histórico de la Iglesia en la promoción de la paz y la educación, presentando los ejes temáticos que guiarán el análisis en el contexto de La Guajira. La Iglesia católica ha desempeñado históricamente un papel trascendental en la formación de valores y la promoción de la paz, no solo desde el ámbito espiritual, sino también como agente activo en el desarrollo social y educativo. En regiones como La Guajira, marcadas por desafíos socioculturales y económicos, su influencia adquiere una especial relevancia.

Este artículo analiza el rol fundamental de la Iglesia en la Institución Educativa San José de Maicao, destacando su contribución a menudo poco visibilizada en la construcción de una cultura de paz y en la formación ética de las nuevas generaciones. A través de un estudio investigativo e interpretativo, se examina cómo la Iglesia fomenta en los estudiantes habilidades para el diálogo, la tolerancia, la apertura y la convivencia pacífica, consolidando una educación integral que trasciende lo estrictamente académico.

Por su parte Castro (2014), contextualiza que su labor no se limita a lo doctrinal; sino que se extiende a la promoción de principios éticos, cohesión social y resolución pacífica de conflictos, aspectos importantes para la transformación de entornos vulnerable. En la misma línea, Pérez y López (2021) subrayan que su aporte radica en el desarrollo de una cultura de paz, evidenciada en la formación de ciudadanos reflexivos, solidarios y capaces de resolver conflictos de manera pacífica, con la esperanza de construir una paz duradera desde los escenarios de diálogo.

En este sentido, la Iglesia ha desarrollado un papel determinante en la promoción de la paz y la educación, fortaleciendo los valores como base del desarrollo humano. Como formadora de valores, promueve el trabajo por la paz en los contextos educativos mediante la enseñanza de principios éticos que facilitan el diálogo entre docentes, estudiantes y comunidad. Pérez y López (2021) destacan que esta labor se concreta a través de estrategias prácticas que orientan la resolución de conflictos y proyectan una visión positiva hacia nuevas generaciones comprometidas con la convivencia pacífica.

Asimismo, el estudio aborda, desde una perspectiva pragmática, la aplicabilidad de los principios teológicos en la educación para la paz, resaltando a la Iglesia como un espacio de encuentro espiritual y social (Polanco, 2003). Finalmente, se presentan cuatro ejes temáticos que guían el análisis: (1) la Iglesia como agente de paz, (2) la paz como proceso educativo transformador, (3) los aportes de la Iglesia a la educación para la paz y (4) los desafíos específicos en la Institución Educativa San José. Estos lineamientos buscan evidenciar el impacto de su labor en la construcción de una sociedad más justa y equitativa, cimentada en valores humanos y cristianos. Con estos fundamentos establecidos, pasamos ahora a detallar la metodología que sustenta este análisis interpretativo.

Metodología

Este artículo se construye a partir de una investigación de orden cualitativo, paradigma que da razón de la búsqueda por interpretar el significado de las experiencias, discursos y prácticas sociales en el contexto educativo. Este sistema metodológico se fundamenta en la comprensión de los fenómenos desde la perspectiva de los participantes. Como señalan Hernández-Sampieri y Mendoza (2018), el enfoque cualitativo valora el contexto, la subjetividad y la interacción social como fuentes de conocimiento.

Desde una perspectiva epistemológica, se asume un enfoque hermenéutico. Siguiendo a Gadamer (2004), esta perspectiva es la más relevante, ya que permite interpretar textos sagrados, documentos eclesiales y fuentes académicas, considerando su historicidad y contexto, siendo el vehículo para comprender los discursos sobre la paz en la institución.

Es evidente la opción por el enfoque etnográfico como entrada metodológica principal. Esta decisión se justifica porque la etnografía facilita la inmersión profunda en el entorno de la Institución Educativa San José de Maicao, permitiendo la observación participante de las prácticas educativas y religiosas cotidianas, así como el registro de interacciones en aulas y espacios comunitarios.

Para la recolección de información se emplearon varias técnicas e instrumentos. Se realizó una revisión documental que incluyó el análisis de fuentes primarias (encíclicas) y secundarias (artículos de Scannone, 2019 ; Pikaza, 2008). Para la organización de estos

hallazgos se hizo uso de fichas bibliográficas, siguiendo los lineamientos de Oxford (2020). Finalmente, se aplicó un análisis de contenido para codificar y agrupar la información en matrices categóricas.

La Investigación Acción Participativa (IAP) involucra a los participantes en talleres reflexivos para co-construir conocimiento y propuestas de cambio. Se sistematizan las experiencias en categorías temáticas, identificando patrones y lecciones, con un análisis reflexivo orientado a la transformación social. Los datos se triangulan para validar las interpretaciones, respetando la ética y el contexto cultural.

La recolección de información se desarrolló a través de dos técnicas complementarias. En primer lugar, la revisión documental, que incluyó el análisis de fuentes primarias (encíclicas como *Sollicitudo Rei Socialis*, catecismos) y secundarias (artículos de Scannone, 2019; Pikaza, 2008). Para darle orden a estos hallazgos se hizo uso de fichas bibliográficas, siguiendo los lineamientos propuestos por Oxford (2020). En segundo lugar, se aplicó un análisis de contenido (artículos de Scannone, 2019; Pikaza, 2008) para lograr codificar y agrupar la información en matrices categóricas, haciendo énfasis en temas como “Iglesia y mediación” y “pedagogía de la paz”. Con esas matrices se logró contrastar las perspectivas de los autores teológicos y de las ciencias sociales. La articulación de estas técnicas sirvió para dar respuesta al objetivo de comprender, desde un enfoque cualitativo hermenéutico, cómo las prácticas y discurso de la Iglesia contribuye a la creación de escenarios de diálogo y paz en entornos educativos. Esta base metodológica nos permite avanzar hacia el examen del rol de la Iglesia como impulsora de paz en contextos educativos.

La Iglesia Como Agente De Paz

Se busca definir conceptualmente a la Iglesia como agente de paz, explorando sus definiciones históricas y su impacto en la mediación de conflictos. Para iniciar es importante tener claro varias definiciones de qué es la Iglesia. En este sentido, la palabra Iglesia se deriva del término griego *εκκλησία*, de la cual procede la latina *ecclesia*, y se traduce en hebreo *qahal*, que significa convocatoria y asamblea congregada (Pié, 2013, p. 29).

La teología pastoral, centrada en la acción práctica de la fe en la comunidad, se entrelaza con la pedagogía crítica al promover una educación liberadora que cuestiona estructuras de desigualdad. En contextos como La Guajira, esta unión fomenta la reflexión colectiva sobre injusticias sociales, inspirada en figuras como Freire, donde la pastoral no solo transmite doctrina, sino que empodera a los individuos para transformar su realidad mediante el diálogo activo y la conciencia crítica, evitando enfoques superficiales y priorizando cambios estructurales.

El segundo concepto, más destacado, es el de Michael Schmaus, quien define que: “La Iglesia es el Pueblo de Dios del Nuevo Testamento, fundado por Jesucristo y estructurado jerárquicamente, puesto al servicio del Reino de Dios y de la salvación de los hombres, que existe como cuerpo místico de Cristo” (Rodríguez, 2002, p. 744). Un tercer concepto, según Joseph Ratzinger, define que: “La Iglesia es el Pueblo de Dios que tiene su consistencia (bestehende) como Cuerpo de Cristo” (Rodríguez, 2002, p. 744).

Después de haber desarrollado varias definiciones de Iglesia que sirven para conocer y hablar en un sentido más cercano a la realidad, se puede abordar el tema de la Iglesia como agente de paz. Ahora bien, despejemos la inquietud sobre qué significa ser agente de paz. Un agente de paz es el protagonista, el que promueve buscando la unidad, la paz y la comunión de todos los creyentes y no creyentes con el único fin de experimentar una relación más cercana con Dios y con las demás personas, en este sentido, con una pedagogía del amor y creatividad (Múnera, 2014, p. 238).

Así pues, “la Iglesia como agente va poco a poco perfilando su identidad a lo largo de la historia y va produciendo conceptos y máximas de gran influencia dada la auctoritas que posee sobre millones de personas”. Por esta razón, es que realmente la Iglesia continúa siendo el portavoz de integridad para la humanidad que tiene la esperanza de vivir dignamente en un ambiente de armonía y fraternidad (Aramendía, 2018, p. 7).

Al transcurrir el tiempo, la Iglesia ha sido un actor central en la promoción de la paz, asumiendo un rol mediador en la gestión o manejo de situaciones conflictivas y favoreciendo el tema de la reconciliación en contextos sociales complejos. En el aporte del trabajo, Scannone (2019) afirma que “La influencia de la Iglesia en la construcción de paz en América

Latina” destaca cómo la Iglesia ha colaborado en pacificar sociedades afectadas por la violencia. De manera similar, Cardenal (2018), en su obra *El rol de la religión en la mediación de conflictos sociales*, resalta que la Iglesia, a través de la enseñanza de valores como el perdón, la tolerancia y el diálogo, actúa como un agente clave en la resolución de conflictos para fomentar la coexistencia armoniosa en las comunidades.

También, Pikaza (2008) agrega que la paz cristiana tiene tres características principales: está ligada a la justicia, pero desde el perdón y no solo desde lo legal; surge desde las víctimas y no puede ser impuesta por los vencedores del sistema; y es una misión de la Iglesia, que trabaja desde abajo sin buscar el poder.

En su discurso para el Día Internacional de la Paz, Benedicto XVI, según Alonso Corral (2007), reflexiona sobre la condición humana como un ser intrínsecamente relacionado con la paz. Destaca la dignidad de cada persona y su capacidad para fomentar la convivencia pacífica en diferentes ámbitos. La paz no es solo la ausencia de conflictos, sino un estado de bienestar que surge del reconocimiento del valor humano. El ser humano es visto como el “núcleo” de la paz, jugando un papel activo en la armonía familiar, comunitaria y global. La Iglesia ha sido clave en la educación para la paz, mediando en conflictos y promoviendo comunidades más justas. Su labor trasciende lo religioso, extendiéndose a la transformación social mediante la enseñanza de valores éticos y espirituales.

Scannone (2019) destaca que la Iglesia ha contribuido a la pacificación de sociedades marcadas por la violencia, promoviendo espacios de diálogo y entendimiento entre sectores enfrentados. De igual manera, Cardenal (2018) subraya que la Iglesia, a través del perdón, la tolerancia y la justicia restaurativa, se ha consolidado como un mediador confiable en la resolución de conflictos sociales. Desde una perspectiva teológica, Pikaza (2008) señala que la paz cristiana no solo se basa en la no presencia de conflicto, sino en la exploración activa de justicia mediante el amor y el perdón. Esto significa que la paz no debe imponerse desde el poder, sino construirse desde la dignidad de las víctimas y la promoción de relaciones equitativas.

En su mensaje por el Día Internacional de la Paz, Benedicto XVI (citado en Alonso Corral, 2007) enfatiza que la paz es un estado de bienestar basado en la valoración de la dignidad

humana. La Iglesia, como institución, juega un rol crucial en la capacitación de personas involucradas con la visión que promueve la paz integral, promoviendo el desarrollo humano en todas sus dimensiones: espiritual, social y educativa.

La Iglesia, por tanto, continúa desempeñando una función esencial en la educación y la construcción de comunidades más humanas, apostando por la enseñanza de valores como el amor al prójimo, la reconciliación, la valoración y el respeto recíproco por las diferencias. Este compromiso se refleja en su participación en la educación formal e informal, donde fomenta espacios de aprendizaje basados en la convivencia pacífica y el diálogo constructivo.

La Iglesia, como institución religiosa y social, ha desempeñado un papel fundamental en el desarrollo y evolución de las estructuras sociales a lo largo de los siglos. No solo ha sido un referente espiritual, sino que ha actuado como un agente de cambio en contextos de conflicto, promoviendo la paz, la educación y el diálogo.

Mediante la doctrina social, la Iglesia establece bases éticas para lograr construir una comunidad más justa y equitativa, fortaleciendo de este modo la solidaridad, tomando en cuenta la dignidad humana, el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad. Estos principios han permitido que la Iglesia influya en la capacitación ética social y en la implementación de iniciativas educativas que han fomentado la paz y el respeto mutuo.

La enseñanza social católica es la guía moral eclesial acerca de situaciones públicas, institucionales o políticas, financieras o monetarias, personales y culturales, expresada en textos y declaraciones de la máxima autoridad de la Iglesia católica, organizaciones eclesiales, etc. Aborda los problemas históricos que afectan a la humanidad a nivel nacional e internacional. Su fundamento descansa en las leyes naturales, la revelación por medio de la Sagrada Escritura, el análisis y la reflexión teológica y las contribuciones de las ciencias sociales y humanas. Su propósito es proporcionar un estudio exhaustivo de la situación actual, junto con juicios y parámetros de procedimientos para los fieles y la sociedad, a fin de promocionar la creación de una sociedad más justa y compasiva. El Papa Juan Pablo II, en la Encíclica *Solicitudo Resocializa*, número 45, define la Doctrina Social como “la cuidadosa formulación del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas

realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial”.

Según el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, la Iglesia no solo tiene un deber espiritual, sino también una responsabilidad social en la difusión de los derechos reflejados en la dignidad y bienestar de las personas, logrando de esta manera la justicia y la paz (Juan Pablo II, 1987). Este compromiso se traduce en su participación en la educación y la mediación de conflictos en poblaciones vulnerables por la violencia.

Por otra parte, la Iglesia, como mediadora en la resolución de conflictos en los diferentes contextos, ha jugado un papel clave entre las comunidades en disputa, gobiernos y ciudadanos, o en procesos de reconciliación post-conflicto. Como menciona Scannone (2019), la Iglesia ha sido un pilar en la pacificación de sociedades latinoamericanas afectadas por la violencia, promoviendo el perdón y la reconciliación.

La teología moral social es una disciplina que va más allá de las ideologías religiosas, es una reflexión fundamentada en el Nuevo Testamento, más exactamente en los Evangelios, la enseñanza oficial de la Iglesia y la herencia de los santos. Su propósito es poner en práctica las virtudes del mensaje de nuestro Señor Jesucristo en una humanidad que día a día se enfrenta a grandes retos, buscando que el propósito de Dios se establezca en los seres humanos cada vez más mediante la fe. Además, la teología, históricamente unida a la filosofía, ahora también integra las ciencias sociales y humanas, promoviendo un diálogo constante entre la razón y la fe. En este sentido, el Catecismo de la Iglesia Católica, canon 2422, expresa que: “La enseñanza social de la Iglesia contiene un cuerpo de doctrina que se articula a medida que la Iglesia toma conciencia de la realidad de los problemas sociales y articula una respuesta cristiana basada en la moral natural.”

La paz como un proceso educativo transformador

Conceptualizar la paz como un proceso dinámico y educativo, diferenciando tipos de paz y su integración en la pedagogía es la finalidad. El concepto de paz no se reduce a la mera ausencia de violencia, sino que abarca un concepto más profundo, que involucra la construcción de relaciones justas y equitativas dentro de las sociedades. La UNESCO (2019),

la paz se define como un proceso de crecimiento y transformación constante y dinámico basado en la justicia, la equidad y el respeto mutuo.

UN estudio de Rapoport, citado en el Exploradora Phonographic Dictionary of the English Language (1850), la paz se define como una reconciliación entre diferencias, tranquilidad, satisfacción, liberación del miedo y quietud celestial. Además, Fernando Harto de Vera (2016) considera que la paz es "imperfecta", ya que su construcción es un proceso continuo, lo cual también se aplica a las tensiones y conflictos internos de los individuos. Coincidimos con esta apreciación, ya que hablar de paz requiere el esfuerzo constante de cada persona; por ende, se fundamenta en principios como la justicia, la empatía y el respeto mutuo.

Alfonso Banda (s.f.), fundador de la Fundación por la Paz, define la paz social como «la aspiración humana de vivir la propia vida y la de las comunidades a las que se pertenece, en una atmósfera de tranquilidad y bienestar razonables, que permitan el libre desarrollo de las capacidades de las personas de toda índole».

Desde estos enfoques, el concepto de paz se fundamenta en principios como la justicia, la empatía y el respeto mutuo, que son esenciales para la cohesión social. También implica una crítica hacia las estructuras de poder que deshumanizan o marginan a ciertos grupos, sugiriendo que la paz genuina sólo puede alcanzarse cuando todos los seres humanos son tratados con equidad y dignidad. En este sentido, la paz está vinculada al desarrollo integral de la persona, destacando que la paz interior es una condición indispensable para lograr una paz externa duradera. Así, la paz no se limita a ser un objetivo político o social, sino que también es una vivencia personal y espiritual, en la que la transformación interna del individuo contribuye a la creación de un mundo más armonioso.

La teología del diálogo, arraigada en principios cristianos de encuentro y reconciliación, integra la espiritualidad de la paz como una dimensión interior que combate la exclusión estructural. En entornos marginados como La Guajira, donde la pobreza y el conflicto agravan la desigualdad, esta teología impulsa espacios educativos que fomentan la empatía espiritual, permitiendo a los participantes superar barreras culturales mediante la oración compartida y la reflexión ética, transformando el conflicto en oportunidades de crecimiento comunitario inclusivo.

Se reconocen dos tipos de paz: la paz negativa, que hace referencia a la ausencia de violencia directa, como la eliminación de guerras y conflictos armados; y la paz positiva, que se define como un estado en el que se construyen estructuras sociales que fomentan el respeto por los derechos humanos y la aplicación de la justicia en la colectividad (Galtung, 1996).

Educar para la paz es un objetivo pedagógico que busca transformar los entornos escolares en espacios que promuevan una cultura de paz. Santaella Rodríguez (2016), en su artículo Aportes de la pedagogía Freire a la Educación para la Paz, expone cómo las metodologías educativas pueden emplearse para inculcar valores de convivencia pacífica y resolución de conflictos.

Federico Mayor Zaragoza (2018), en la educación para la paz, hace un llamado a la acción y reflexión sobre la función esencial que desempeña la educación en la formación de una cultura de armonía. Mayor Zaragoza, conocido por su liderazgo en la UNESCO y su compromiso con los derechos humanos, subraya que la paz no es un estado automático, sino un proceso colectivo y consciente que debe fomentarse desde la educación. Plantea que la paz no puede lograrse sólo mediante acuerdos diplomáticos o altos al fuego; para alcanzar una paz duradera, es necesario formar a los ciudadanos en valores como la tolerancia, el respeto mutuo, la justicia social y la solidaridad.

La educación, entonces, se presenta como una herramienta transformadora que puede romper los ciclos de violencia, inequidad y exclusión. También señala que educar para la paz no solo implica transmitir conocimientos, sino divulgar competencias emocionales y éticas. Enseñar a los niños y jóvenes a sortear de la mejor manera sus diferencias con los demás sin hacer uso de violencia, a comprender que la sociedad es diversa y culturalmente plural, y a trabajar en colaboración son aspectos que deben estar integrados en los currículos educativos.

Esta educación busca formar seres humanos que se vean a sí mismos como ciudadanos globales, responsables no solo de su entorno inmediato, sino también del bienestar común. Es un llamado a los educadores, líderes y gobiernos a priorizar una enseñanza que forme personas activas en temas de paz y que protejan cada uno de los aspectos relacionados con los derechos humanos.

Desde la perspectiva tomista, Barrios Andrade (2021) sostiene que la paz nunca se entiende como la ausencia de conflicto, sino como el fruto de un orden justo en el que cada persona actúa en función del bien común. Bajo esta visión, formar en temas de paz no solo implica enseñar virtudes pacíficas, sino también la evolución de virtudes morales que faciliten a los individuos vivir en armonía, tanto consigo mismos como con los demás.

La paz contempla la edificación de relaciones fundamentadas en la justicia, la empatía y el respeto mutuo. Coexistir en paz implica aceptar que somos diferentes y que se debe tener la habilidad de escuchar, reconocer, respetar y apreciar a los demás, así como vivir de manera armoniosa y en unidad. Es un proceso benévolo, dinámico y participativo, en el cual se debe promover la comunicación y solucionar las diferencias con un espíritu de comprensión y cooperación entre todos. Así, la educación se convierte en un eje fundamental para generar bases de una cultura de paz, ya que permite formar ciudadanos críticos, responsables y solidarios.

Santaella Rodríguez (2016) destaca que la educación para la paz no solo consiste en la transmisión de conocimientos, sino en la promoción de valores y habilidades sociales que permitan resolver conflictos de manera pacífica. Federico Mayor Zaragoza (2018) refuerza esta idea al afirmar que la paz no se alcanza únicamente con acuerdos políticos, sino mediante la formación de ciudadanos comprometidos con la justicia social y el respeto por los derechos humanos.

Desde una perspectiva filosófica, Barrios Andrade (2021) retoma el pensamiento tomista para señalar que la paz no es la ausencia de conflicto, sino el resultado de un orden justo donde cada individuo asume su rol dentro del bien común. Esto implica que la educación para la paz no solo debe enfocarse en la enseñanza de principios pacíficos, sino en el desarrollo de virtudes como la paciencia, la compasión y la responsabilidad social.

La UNESCO (2019) resalta que la educación para la paz debe estar orientada al fomento del diálogo, la resolución no violenta de conflictos y la promoción de la diversidad cultural como un valor positivo. Este enfoque permite a los estudiantes desarrollar habilidades que les ayuden a convivir de manera armoniosa, respetando la pluralidad de pensamiento y fomentando la cooperación en sus comunidades.

En este marco, la educación para la paz no se limita a prevenir casos de violencia, sino también a construir sociedades más inclusivas y equitativas. A través de metodologías participativas y reflexivas, se puede transformar la educación en un motor de cambio social que aporte a consolidar una paz sostenible y permanente.

La paz permite a las personas sentirse serenas y en equilibrio consigo mismas y con su comunidad. Es un consenso implícito que posibilita a todos los individuos llevar a cabo sus actividades sin obstáculos y evitar la violencia. Además, busca reforzar los lazos sociales y que prevalezcan los principios de respeto, equidad y tolerancia.

Educar para un ambiente de paz busca desarrollar habilidades para la convivencia, resolver de manera pacífica y armoniosa los conflictos, y fortalecer virtudes como la empatía y la solidaridad. Freire (1970) señala que la educación no solo transmite conocimientos, sino que también forma ciudadanos críticos y comprometidos con la transformación de su realidad. Entendida la paz como transformación educativa, exploramos a continuación los aportes concretos de la Iglesia en este ámbito.

Aportes a la educación para la paz en la Institución Educativa San José de Maicao, La Guajira.

Según la UNESCO (2015), la educación es un derecho humano esencial que impulsa el crecimiento personal, la movilidad social y la disminución de desigualdades. La formación debe incorporar principios éticos que estimulen la armonía y la equidad social, promoviendo la resolución no violenta de desacuerdos.

La formación académica debe ir acompañada de valores que fomenten la construcción de la paz y la justicia social. Federico Mayor Zaragoza (2018) destaca que la paz no se logra solo con tratados o acuerdos políticos, sino con la formación de ciudadanos comprometidos con la justicia social. En este sentido, la educación debe incluir metodologías que promuevan la tolerancia, el respeto por la diversidad y la capacidad de resolver conflictos sin recurrir a la violencia. La Iglesia no está ajena a este compromiso con la educación para la paz.

La Iglesia ha sido un pilar en la formación de valores y en la difusión del derecho fundamental que tiene la educación y la paz, ya que es importante que desde los contextos educativos se priorice la enseñanza de la paz dentro del currículo. Ejemplos concretos ilustran este rol en contextos similares a La Guajira. En regiones como Montes de María y Norte de Santander, la Iglesia Católica ha impulsado 'Escuelas de Paz y Convivencia' a través del Secretariado Nacional de Pastoral Social, donde se realizan talleres de formación en mediación y reconciliación, fomentando el diálogo comunitario (García-Durán, 2008). Asimismo, en La Guajira, iniciativas como las mesas departamentales por la paz han integrado educación ética con acciones locales para superar conflictos territoriales, promoviendo asambleas participativas que empoderan a las comunidades indígenas y rurales (Kroc Institute, 2018). Estas experiencias demuestran cómo la Iglesia combina pedagogía con espiritualidad para construir entornos inclusivos y resistentes a la violencia

En este sentido, Sánchez, Méndez y Bonilla (2021, p. 50) sostienen que, en la Constitución Política de Colombia, la paz se considera “un derecho y un deber de obligatorio cumplimiento, y la educación como un derecho de la persona y un servicio público con una función social; que busca el acceso al conocimiento, a la ciencia y a los valores de la cultura”, con las cuales herramientas se busca resolver los conflictos de manera correcta, con la participación de la Iglesia en los distintos espacios educativos.

En cuanto a la promoción de la paz, la Iglesia es un actor clave. En un estudio realizado por Aramendía (2018, p. 6), se contextualiza que “La Iglesia Católica es un actor clave en las relaciones internacionales; desde hace más de 2000 años su influencia ha tenido mayor o menor impacto en el devenir de la historia”, ya que fomenta valores de reconciliación y justicia social, valiéndose de la herramienta educativa, la cual es indispensable para construir una cultura de paz, formando ciudadanos con pensamiento crítico y responsable con la enseñanza-aprendizaje en un diálogo educativo que permite el desarrollo de valores de manera participativa, promoviendo la coexistencia armoniosa y pacífica en todas las escuelas inmersas en la sociedad.

El desarrollo de sociedades pacíficas requiere la integración de diferentes actores que promuevan la educación, el diálogo y la convivencia armoniosa. La sinergia entre la Iglesia,

la sociedad en general y la comunidad educativa permite la formación de ciudadanos comprometidos con la transformación social.

La Iglesia ha sido un agente indispensable en la paz, inculcando valores como el amor, el perdón, la reconciliación y la justicia. Esta transmisión de valores se realiza tanto en el ámbito educativo formal, a través de sus instituciones, como en el seno de las comunidades parroquiales. El Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (2021) subraya el papel vital de la educación en este proceso, y la Iglesia impulsa el respeto a la dignidad humana y la comunicación como herramientas para resolver situaciones de conflicto.

En los territorios afectados por el conflicto y en comunidades vulnerables, la Iglesia, a través de sus organizaciones y congregaciones, ofrece apoyo educativo y psicosocial, creando espacios seguros para el aprendizaje y la convivencia pacífica, especialmente para niños y jóvenes. Siguiendo la enseñanza de que la paz genuina se alcanza mediante el perdón y la reconciliación (Fraynelson.com, 2016), diversas organizaciones eclesíásticas participan en la mediación de conflictos y fomentan el diálogo entre las partes enfrentadas.

En el contexto de la educación formal y no formal, las instituciones dedicadas a la educación que forman parte de la Iglesia integran la educación para la paz en sus programas de estudio, abordando temas como la mediación de conflictos, los derechos fundamentales y la resistencia pacífica, con el propósito de educar a ciudadanos dedicados a la creación de una sociedad más equitativa y armoniosa. Como recordó el Papa Juan Pablo II, siguiendo el camino iniciado por Pablo VI en 1968, los Papas han ofrecido una guía práctica para construir la paz en el mundo (Iglesia Navarra, 2004). Además, la Iglesia promueve la investigación y la reflexión sobre la paz, generando conocimiento y propuestas con el propósito de llevarlas a la práctica. Estos aportes resaltan la necesidad de abordar los desafíos prácticos en instituciones específicas.

Desafíos de paz en la institución educativa San José

La creación de espacios de paz dentro de la escuela se enfrenta a múltiples obstáculos. El propósito es identificar obstáculos clave en la implementación de escenarios de paz en la institución, proponiendo estrategias para superarlos.

En primer lugar, se ha de considerar que el diálogo educativo es abanderado dentro de los desafíos existentes, pues se define como un proceso interactivo que fomenta la escucha activa y la co-construcción de conocimiento, mientras que la 'convivencia pacífica' implica relaciones basadas en respeto mutuo y resolución colaborativa de tensiones, diferenciándose de enfoques unidireccionales tradicionales

Ibarra Rivas (2013), el diálogo educativo fomenta el pensamiento crítico, la empatía y la colaboración. Es una herramienta que permite transformar la educación en un proceso dinámico donde se respetan y valoran las diferentes perspectivas, destaca la importancia de tres elementos clave en la formación integral de las personas: educar, pensar y dialogar. Critica la visión tradicional de la educación como un proceso unidireccional y propone el diálogo como una herramienta para construir conocimiento de manera colaborativa, promoviendo la participación activa tanto de docentes como de estudiantes. Según Ibarra, este enfoque es esencial para superar la crisis del sistema educativo y fomentar el pensamiento crítico y reflexivo. Además, en su artículo "Sabiduría: Diálogo y Educación" (2010), señala que la educación debe formar personas sabias que reflexionen sobre el efecto de sus procedimientos en la sociedad.

Velazco y Alonso (2008) señalan que la educación dialógica rompe con el modelo jerárquico tradicional y crea un espacio inclusivo donde se valoran todas las voces, promoviendo el pensamiento crítico y la transformación personal y social. Siguiendo las ideas de Freire, Gutiérrez y Vargas (2022) enfatizan que el aula debe ser un espacio de diálogo crítico y reflexivo, donde se construye conocimiento de forma conjunta, desafiando los modelos educativos tradicionales y promoviendo la emancipación y el cambio social. El diálogo educativo también es esencial para la formación de la identidad individual y la autorrealización de los estudiantes, ayudándoles a comprender sus responsabilidades y mejorar su capacidad de interactuar con los demás (Plašienková, s.f.).

El encuentro dialógico es de hecho como una salida hacia otra persona. A través de encuentros con otros estamos creciendo, nos convertimos en personas o personalidades más profundas. Este es el rol y la tarea de la educación dialógica que de hecho ocurre durante toda nuestra vida (Plašienková, M. P. Z, s. f, p. 6).

El diálogo es un aspecto de la formación cognitiva, emocional, individual, social del hombre (Plašienková, M. P. Z, s. f, p.7). El diálogo es una conversación basada en razones que responden a un logos compartido (González Fabre, SJ, R. 2018, p. 28).

Dentro del diálogo se puede identificar ciertas desventajas que vienen siendo las diferencias que pueden generar desorden si no se cuentan con los requisitos, medios y recursos adecuados. También pueden surgir grupos radicales que intentan imponer sus ideologías, lo que puede llevar a una falta de respeto en la discusión. Esto podría resultar en consecuencias no beneficiosas para las partes involucradas e incluso generar enemistades entre personas o grupo.

Por otro lado, la persistente presencia de violencia en las escuelas, que se manifiesta a través del acoso, la agresión física y verbal, y la discriminación, representa un reto fundamental. Para superar este desafío, es esencial abordar las raíces de la violencia, incluyendo sus dimensiones directas, estructurales y culturales, como sugiere Galtung (1969). Además, es crucial fomentar un ambiente escolar positivo basado en el respeto, la empatía y la resolución pacífica de conflictos, tal como lo destaca Ortega-Ruiz (2010). El diseño de espacios protegidos y el desarrollo de habilidades socioemocionales son estrategias clave para contrarrestar estas formas de violencia y promover una convivencia armoniosa.

La escuela debe ser un espacio donde se valore la diversidad y se prevenga la exclusión. Siguiendo las ideas de Freire (1970), la educación debe ser liberadora, promoviendo la justicia social y la equidad, y reconociendo las diferencias como algo positivo. La UNESCO (2016) también destaca la importancia de abordar las desigualdades y asegurar que todos los estudiantes se sientan incluidos, sin importar su origen, género o condición. Esto implica no solo aceptar las diferencias, sino también crear un ambiente donde todos se sientan valorados y respetados.

La labor de los docentes es crucial para fomentar la paz en las escuelas, pero para lograrlo de manera efectiva, necesitan capacitación y apoyo adecuados. Como señala Pérez Serrano (2012), la capacitación de los docentes para la educación para la paz y resolución de conflictos es fundamental. De igual forma, la intervención activa de toda la red educativa, incluyendo padres, estudiantes y otros miembros, es indispensable para construir un ambiente

escolar pacífico. Siguiendo la perspectiva de Lederach (1997), involucrar a todos los actores sociales y crear redes de apoyo es esencial para desarrollar una cultura de paz duradera. La alianza entre el centro educativo y el entorno social es clave al enfrentar los desafíos de forma integral y promover una convivencia armoniosa.

Conclusión

La Iglesia ha desempeñado una función esencial en la difusión de la paz y en la educación, convirtiéndose en un agente de transformación social y moral. Su labor en la formación de valores, la mediación de conflictos y la enseñanza de principios éticos ha fortalecido la convivencia pacífica en diversas comunidades. A través de la educación, la Iglesia contribuye no solo a la formación académica, sino también al desarrollo de ciudadanos responsables, comprometidos con los derechos humanos, que son la base de la justicia.

Un aspecto esencial del estudio es la importancia de educar con un propósito de paz. Este enfoque trasciende la simple transmisión de conocimientos, convirtiendo la educación en una herramienta de cambio social. Educar debe ser un proceso integral que forme individuos capaces de resolver conflictos de manera pacífica, promover el respeto mutuo y valorar la diversidad. En este sentido, la Iglesia ha impulsado espacios educativos donde la enseñanza no solo se centra en lo académico, sino también en la formación ética y espiritual.

Sin embargo, esta propuesta enfrenta desafíos institucionales, como la limitada infraestructura educativa en La Guajira; culturales, derivados de tensiones étnicas entre comunidades wayuu y no indígenas; y estructurales, como la pobreza crónica y el impacto de conflictos armados residuales. Estos obstáculos requieren una evaluación crítica para evitar que las iniciativas queden en lo teórico, demandando mayor inversión en capacitación docente y alianzas con el Estado para superar barreras de acceso y sostenibilidad

El diálogo educativo se ha consolidado como una estrategia clave en la construcción del conocimiento. La enseñanza tradicional, basada en la transmisión unidireccional de información, ha evolucionado hacia una educación dialógica que fomenta el pensamiento crítico y la reflexión. A través del diálogo, los estudiantes desarrollan habilidades

comunicativas, aprenden a debatir con respeto y adquieren herramientas para resolver conflictos de manera pacífica.

Otro hallazgo significativo del estudio es el impacto del trabajo conjunto entre la Iglesia y las instituciones educativas en la consolidación de virtudes como la reconciliación, el respeto y la tolerancia. La colaboración entre ambos sectores ha permitido generar iniciativas educativas que abordan la educación para la paz desde una perspectiva integral, incorporando metodologías activas y participativas que fomentan una cultura pacífica.

La creación de una sociedad más armoniosa, fraterna y pacífica requiere la sinergia entre diversos actores, incluidos la Iglesia y los miembros de la comunidad educativa en general. La educación, la paz y el diálogo son elementos interdependientes que, cuando se articulan de manera efectiva, posibilitan la transformación social y el desarrollo de comunidades más justas e inclusivas.

Este estudio subraya que la educación para la paz no es una tarea exclusiva de las instituciones educativas o de la Iglesia, sino un esfuerzo conjunto que debe involucrar a toda la sociedad. La capacitación de individuos críticos, reflexivos e involucrados con el bienestar común es un objetivo esencial para trabajar en un mundo fundamentado en el respeto, la justicia y la solidaridad.

Por tanto, es fundamental seguir fortaleciendo espacios de diálogo, educación y acciones de paz que generen una coexistencia armoniosa y sostenible a lo largo del tiempo. Para avanzar, se sugieren líneas de investigación futuras como estudios longitudinales sobre el impacto de estos programas en la reducción de violencia escolar, o acciones prácticas como la expansión de talleres interreligiosos en otras instituciones de La Guajira, integrando evaluaciones participativas para refinar políticas educativas inclusivas.

Referencias Bibliográficas

Aramendía, J. (2018). La Iglesia Católica como actor clave en las relaciones internacionales.

Barrios Andrade, C. (2021). La paz desde una perspectiva tomista: El orden justo y el bien común.

Cardenal, E. (2018). El rol de la religión en la mediación de conflictos sociales.

Castro, J. (2014). La labor de la Iglesia en la promoción de principios éticos y la cohesión social.

Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Montevideo: Tierra Nueva.

Gadamer, H. G. (2004). Verdad y método. Salamanca: Sígueme.

Galtung, J. (1969). Violence, peace, and peace research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167–191. <https://doi.org/10.1177/002234336900600301>

Galtung, J. (1996). *Peace by peaceful means: Peace and conflict, development and civilization*. Londres: SAGE Publications.

Hernández-Sampieri, R., & Mendoza, C. P. (2018). *Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*. México: McGraw-Hill.

Ibarra Rivas, J. (2013). El diálogo educativo como herramienta para el pensamiento crítico y la colaboración.

Juan Pablo II. (1987). *Sollicitudo Rei Socialis*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html

Lederach, J. P. (1997). *Building peace: Sustainable reconciliation in divided societies*. Washington, DC: United States Institute of Peace Press.

Mayor Zaragoza, F. (2018). *La educación para la paz*.

García-Durán, M. (2008). *El papel de la Iglesia Católica en la movilización por la paz en Colombia*. Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) / Programa por la Paz.

Kroc Institute for International Peace Studies. (2018). *Tercer informe sobre la implementación del Acuerdo de Paz: La implementación sigue progresando*. University of Notre Dame.

Múnera, L. (2014). *La pedagogía del amor y la creatividad en la construcción de la paz*.

Pérez, G., & López, J. (2021). *El aporte de la Iglesia en el desarrollo de una cultura de paz*.

Pikaza, X. (2008). *La paz cristiana: Justicia, perdón y misión de la Iglesia*.

Polanco, M. (2003). *La Iglesia como espacio de encuentro espiritual y social*.

Santaella Rodríguez, M. (2016). *Aportes de la pedagogía Freire a la educación para la paz*.

Scannone, J. C. (2019). *La influencia de la Iglesia en la construcción de paz en América Latina*.

UNESCO. (2019). *La paz como proceso dinámico basado en la justicia y el respeto mutuo*. París: UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/>